

FIESTA DE LA INMACULADA

Seminario 2016

La fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María nos recuerda la santidad a la que todos los hombres estamos llamados. En la lectura del apóstol san Pablo a los Efesios se nos dice que el Padre “nos eligió en la persona de Cristo – antes de crear el mundo- para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor” Así pues, todo hombre, desde antes de la creación del mundo está llamado a ser santo y a gozar de la santidad de su creador. Ahora bien, esta santidad no es algo externo, como una pintura o un barniz que Dios impone al hombre sino que es algo interno al hombre. Dios ofrece la salvación por medio de su Hijo Jesucristo a todos los hombres y el hombre, conociendo el amor de Dios internamente, con libertad, lo acoge en la fe como don y configura su existencia según el modelo de santidad que Cristo nos trazó.

La Virgen María, no sólo fue elegida para ser santa, sino que lo fue realmente desde el momento de su Concepción. Esto fue posible porque, en palabras de San Ildefonso: “Dios lo pudo hacer, lo quiso hacer y lo hizo.” Ella, pues, no participó en la universalidad del pecado original cometido por Adán “porque Purísima había de ser la Virgen que nos diera el Cordero inocente que quita el pecado del mundo. Purísima la que es abogada de gracia y ejemplo de santidad.” (Prefacio de la Inmaculada Concepción)

La Virgen María es modelo de santidad para los cristianos. Ella vivió su existencia llena de gracia y dando gracias a Dios, es decir, vivió en íntima relación con Dios, particularmente con el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, a quien llevó en su propio seno y dio a luz a este mundo. Su relación con Dios nunca fue interrumpida ni deteriorada por el pecado. Todo lo contraria, aumentaba por la fuerza de la gracia divina. María es madre del Hijo de Dios y nosotros hijos en el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo. Tanto la palabra madre como la palabra hijo expresan el amor con el que Dios nos ama y el amor que le debemos. Por Cristo, con Él y en Él podemos amar a Dios y ser santos como nuestro Padre celestial es santo. La santidad consiste en existir en Cristo y ésta tiene como fundamento la gracia que “nos hace santos e irreprochables ante él por el amor.”

En las oraciones de la Misa de la Inmaculada Concepción de la Virgen pedimos al Señor su gracia, por intercesión de María, para que podamos “llegar limpios de todas nuestras culpas a la presencia del Señor... y por la eficacia del

sacramento de la eucaristía sean reparados en nosotros los efectos de aquel primer pecado del que fue preservada de modo singular la Virgen María.”

Queridos seminaristas: Es muy importante que comprendáis que, antes de la vocación al sacerdocio, el Señor os ha elegido para ser santos. A partir de esta primera y universal vocación de todo bautizado, surge la llamada más personal y concreta a la vida sacerdotal. Por tanto, tenéis que esforzaros en cultivar la santidad en vuestras vidas. La santidad no tiene edad física. No es cosa de mayores. En el santoral están inscritos niños y adolescentes que fueron reconocidos y propuestos por la Iglesia como ejemplos de santidad. Cuanto más cultivéis la vida de santidad, es decir, de gracia, de justicia, de verdad y de bondad más se afianzará en vosotros la vocación sacerdotal.

El Papa Francisco ha canonizado recientemente a San José Sánchez del Río que fue un joven crístero de 14 años de edad, procesado y ejecutado por oficiales del gobierno mexicano, durante la Guerra Cristera. Con sólo 14 años, tenía una fe madura hasta tal punto que la defendió incluso con su sangre. Nos dicen las crónicas de su muerte que durante todo el trayecto, José, iba dando gritos y vivas a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe. Lloraba y rezaba hasta llegar al lugar de la ejecución. Cuando le preguntaron si quería que le dijeran algo a sus padres contestó: “*Que viva Cristo Rey y que en el cielo nos veremos.*” Os invito a contemplar la vida de este jovencísimo santo para que os ayude a pedir a Dios la gracia de confesar la fe con la valentía con la que los mártires la confesaron. Que nada ni nadie os aparte del amor de Jesús.

Gracias a Dios, en nuestro país se respeta la libertad religiosa y podemos ejercer nuestro derecho a dar testimonio de nuestra fe sin ninguna otra cortapisa más que el respeto al orden público. Pero en algunos ambientes existe un clima hostil a la fe y a la vida cristiana. Esta situación provoca en muchos adolescentes el abandono de la fe o los empuja a vivirla a escondidas porque no tienen fuerzas para salir a la luz pública y defenderla. Vuestro caso es muy diferente, estáis aquí porque habéis recibido del Señor una llamada y con la llamada la gracia para poder llevarla a cabo incluso en situaciones hostiles. Os felicito por ello y os animo a no dejaros influir por el ambiente que os tienta para que abandonéis la buena obra que el Señor comenzó en vosotros. Sed fuertes, prepararos para razonar la fe y defenderla. Sed ser transparentes y coherentes de modo que vuestro testimonio arrastre a otros jóvenes a dar gloria a Dios y a entregarse a Él.

Nuestro hermano Álvaro renovará su sí al Señor y a la Virgen al ser admitido al estado clerical. Este sí que hoy pronuncia ante el obispo es, como el sí, de María fruto de la gracia de Dios que y actúa en él. Aunque no es un sí definitivo, significa un compromiso y una responsabilidad para seguir discerniendo con la ayuda de tus formadores la vocación, para seguir profundizando en el estudio de la Sagrada Escritura y de los Misterios de nuestra fe, para gustar ya en las parroquias donde realizas las prácticas pastorales, la caridad pastoral que debe caracterizar el ministerio de todo sacerdote. No estás solo, a tu lado están tus formadores y tu familia, tus amigos y compañeros y junto a ellos todos los miembros del Cuerpo de Cristo que te sostienen con su oración. No tengas miedo por tus debilidades y tus

pecados; el Señor vigila para que tu pie no tropiece. Y si tropiezas y caes, vuelve tu mirada a Jesús crucificado que te dice: “Levántate y sigue caminando.”

Invoquemos la intercesión de la Virgen Inmaculada para que acompañe a los adolescentes y jóvenes que sienten en su interior la llamada a ser sacerdotes. Ella, en la casa de Nazaret fue la protagonista del primer Seminario en el que su Hijo Jesús crecía en estatura, en sabiduría y en gracia de Dios. Como patrona de este Seminario también os ayudará a crecer en estatura, en sabiduría y en gracia. Dejad que vuestra madre os lleve de la mano hasta la presencia de Dios para que resplandezca en vuestra vida la luz del rostro de Dios a quien hemos de glorificar con nuestra vida.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga